

EL CAPITAN LANGLET.

Cuando estuvo lista nuestra comida, el posadero nos hizo señal para que volviésemos: su señal tuvo el mejor éxito, el agua y el aire del mar nos habian dado un famoso apetito: pensamos que aquellas dos causas reunidas habian debido producir el mismo efecto sobre nuestro compañero de viaje, que entrando al mismo tiempo que nosotros, acababa de llegar al mismo tiempo que se le estaba buscando. Al vestirnos le preguntamos si no queria participar de nuestra comida, nos respondió que tendria muchísimo gusto si le permitíamos pagar su parte. Le respondimos que en esto como en el baño podia hacer lo que quisiese, y considerarse como nuestro invitado, ó cambiar nuestra comida; en atencion á que no quisimos herir su delicadeza pagando su escote. Insistió en pagar su parte, y nos pusimos á la mesa: comimos perfectamente.

Durante la comida hicimos mas conocimiento con nuestro jóven, y aprovechando el progreso que íbamos

haciendo en su confianza, le preguntamos á dónde iba. Echóse á sonreír con una sencillez que nos encantó.

— Lo que os voy á responder es muy tonto, nos dijo; me preguntais á dónde voy, ¿no es verdad?

— Si no hay indiscrecion en ello, le contestó Jadin bebiendo con él.

— Pues bien, no lo sé, nos respondió.

— ¿Cómo es eso? dijo Jadin, andais vagando pura y simplemente. Permitidme que os diga que esa no es una posicion en la sociedad.

— ¡Dios mio! replicó el jóven ruborizándose, si no tuviese miedo de que meuviérais por indiscreto, os contaria mi historia.

— ¿Es larga? preguntó Jadin.

— En dos minutos, caballero, quedará concluida.

— Entonces echadme un vaso de ese yinillo; no es malo ese yinillo seguramente, y decid.

En efecto, la historia era corta, pero no por eso era menos increíble.

Nuestro compañero de camino se llamaba Onésimo Chai. Tenia 1,200 libras de renta que le habian dejado sus padres. Era quinto dependiente de notario de San Dionisio, y habia venido á Tolon á recoger una corta herencia de 1,500 francos que le habia dejado una tia. La casualidad habia hecho que nos hubiéramos hallado en Tolon al mismo tiempo que él. En su juvenil curiosidad habia hecho todo lo posible por vernos á Jadin y á mí, sin haberlo podido conseguir: en fin, habia sabido que marchábamos en el carruaje de Tolon á Frejus, y cediendo á aquella curiosidad, habia tomado un asiento hasta Lup, contando volverse desde Lup por Aix y Aviñon: pero en Lup el encanto de nuestra sociedad le

habia fascinado de tal modo, que se habia adelantado hasta Frejus : en Frejus nos habia hecho pedir, como lo hemos dicho, el permiso de comer en una punta de nuestra mesa. El modo amable con que le habiamos concedido aquella peticion, le habia seducido mas y mas. Oyendonos hablar del golfo Juan, se habia decido á verlo al mismo tiempo que nosotros, y ahora, pues, que se hallaba en camino, su intencion era, si se lo permitiamos, acompañarnos hasta Niza, pero, añadió, con la condicion bien entendida de que pagaria su asiento en nuestro coche.

Si hubiese sido menos sencillo nuestro convidado, hubiéramos creído que se burlaba de nosotros, pero no podia uno equivocarse en su aire; era la honradez en persona. Le dijimos en consecuencia que si se obstinaba absolutamente en pagar su parte de carruaje, echase él mismo el calculo, desquitando las ocho ó diez leguas que habiamos hecho sin él, porque no era justo que las pagase. Cogió su lápiz, hizo su resta, hizo la prueba de la resta, y nos entregó 19 francos 75 céntimos, dándonos las gracias con las lagrimas en los ojos por el favor que le concediamos.

Subimos al carruaje, pero por mas instancias que hicimos á nuestro compañero de viaje, no quiso jamás ponerse en el mejor asiento.

Al llegar á Antibes, Jardin le llamaba sencillamente Onésimo. Al fin de la jornada le tureaba. A la mañana siguiente ya le daba palmadas en el hombro.

Onésimo no habló nunca á Jardin sino con el mas profundo respeto, continuó siempre llamándole Mr. Jardin, y jamás levantó la mano ni aun sobre Mifford.

En Niza la amistad de Onésimo con Jardin era tan

fuerte, que no pudo decidirse á separarse de nosotros, y se vino en nuestra compañía desde Niza para Florencia. Onésimo no quiso haber dejado á Florencia sin ver á Roma, y marchó con nosotros de Florencia á Roma.

En una palabra, hizo con nosotros casi todo el viaje de Italia. Los 1,500 francos de su tia se gastaron hasta el último cuarto. Despues de lo cual se volvió alegremente á San Dionisio, llevando, nos dijo, recuerdos para todo el resto de su vida.

? Y entonces?... Entonces fué Jardin el que tuvo todas las penas del mundo para poder pasar sin él.

Me he adelantado á los sucesos para hacer conocer en seguida la excelente criatura que era nuestro compañero de viaje.

Jardin y él durmieron en el mismo cuarto, y como no estábamos separados sino por un tabique, oí durante una parte de la noche á Jardin que le daba consejos sobre el modo de vivir en el mundo.

Me desperté á las seis de la mañana con un cántico de iglesia. Al mismo tiempo Jardin abrió mi puerta gritándome que me asomase á la ventana.

Pasaba un entierro escolado por una veintena de penitentes cubiertos de largas túnicas azules, cubierto el rostro con un gran capuchon. Aquellos penitentes cantaban á voz en grito.

Era la vez primera que oíamos un espectáculo de aquel género. Así Jardin y yo nos vestimos inmediatamente. Bajamos de dos en dos los escalones, y nos pusimos á seguir el entierro. Onésimo, que se habia quedado detrás por órden de Jardin para preguntar noticias de aquello á nuestro huésped, nos dijo al alcanzarnos que el muerto era un jóven albani que habia tenido la

desgracia de caer y reventarse la vispera, y que la cofradía que le acompañaba pertenecía á la iglesia del Espíritu Santo y Santa Clara, la misma donde habian sido enterrados en 1811 los veinte franceses de Casabianca.

Esto nos recordó aquel buen capitán Langlet.

Entretanto la cofradía iba al paso de procesion, y cantando á todo cantar, al cementerio.

Queriendo ver cómo se terminaba la ceremonia, entramos allí con ellos.

Por todo lo largo del camino habia yo ido al lado de un penitente, al que mi inmediación alarmaba con grande asombro mio. Diez veces se habia vuelto hácia mi lado de repente sin interrumpir su canto, me habia echado una mirada alarmada, y cada vez se habia echado su capuchon mas y mas á sus ojos, tanto que apenas veia para poder andar. En cuanto á su libro, aunque le tenia abierto por forma, no ponía en él los ojos, lo sabia de memoria. Al entrar en el cementerio, se separó lo mas que pudo de mí, pero fué á caer hácia el lado de Jadin, á quien yo hice una señal para que no le perdiese de vista: comenzaba á ocurrirme una singular sospecha.

Depositaron cerca de la hoya el féretro, que cuatro albañiles llevaban sobre los hombros. Despues de que cada uno fué echando agua bendita sobre el cadáver, clavaron la tapa, como ya lo habia visto hacer en el cementerio de Vaux, y bajaron la caja al sepulcro.

En aquel momento los penitentes entonaron el *Libera me*. Yo iba al lado de Jadin, que se habia quedado junto al penitente á quien mi presencia parecia producir una extraña impresion. Cantaba á mas no poder.

— ¿Conoceis esta voz? pregunté á Jadin.

— Esperad, me dijo evocando sus recuerdos, me parece que sí.

— Venid ahora por aquí. Le llevé delante del cantor.

— ¿No conoceis esa boea? le pregunté.

— ¡Aguardad, aguardad! ¡Oh! no es posible.

— Querido mio, ¿hay dos iguales? Lo que no es posible es que esta no sea la de...

— Del capitán Langlet, ¿no es esto?

— Lo habeis dicho.

El penitente, que veia que le mirábamos, hacia todo lo posible por desfigurar su rostro.

— ¡Ah! zorro viejo, dijo Jadin.

— Chut, dije yo llevándole á mi lado.

— No, no, replicó Jadin, quiero pedirle noticias de Voltaire.

— Aguardémosle fuera, y le preguntareis todo lo que querais.

— Teneis razon.

Salimos y aguardamos á la puerta. Nuestro penitente salió uno de los últimos, su capucha mas echada adelante que nunca.

— Buenos días, capitán, le dijo Jadin dándole una palmada en el vientre.

Viéndose reconocido el capitán, puso la mejor cara posible, y levantando su capucha, nos descubrió su rostro que no tenia nada de la austeridad monacal.

— Y bien, sí, yo soy, nos dijo con su acento provenzal: ¿qué quereis? preciso es aullar con los lobos. Conocidas aquí mis opiniones napoleónicas, y mi veneración por el gran Voltaire, no tengo gana de que me asesinen como á aquel buen mariscal Brune. Además, ¿qué es lo que me importa á mi el hábito? El corazón es

napoleónico en el alma. En cuanto al libro de horas, ¿creeis que yo sé lo que hay ahí dentro? Yo no sé el latín.

— Pero, capitán, veo que os disculpais y defendeis de cosas que son muy buenas.

— No; es que podeis pensar que yo creo en todas estas tonterías, en todas estas necedades, que no son buenas sino para las mujeres y para los niños.

— Tranquilizaos, capitán, dijo Jadin, pensamos que sois un farsante y nada más.

— ¿Cómo!... Pues bien, sí, soy un farsante, un buen diablo, un buen vividor. ¿Os habeis desayunado?

— No, capitán.

— ¿Queréis venir á desayunaros conmigo?

— Gracias, capitán, no tenemos tiempo.

— Haced mal, os hubiera contado buenas historias de la clérigalla, y cantado canciones bien célebres sobre el emperador.

— Os damos muchas gracias, capitán, pero es preciso que estemos á buena hora en Niza.

— ¿Con que no queréis?

— Imposible.

— Pues entonces, buen viaje, dijo el capitán alargándonos la mano.

Creímos que le hacíamos un favor en irnos por nuestro lado y dejarle á él que se fuese por el suyo. En consecuencia, no quisimos atormentarle mas largo tiempo, y le dimos la mano á nuestra vez, deseándole toda clase de felicidades.

Nos volvimos á la posada, y hallamos allí que nos estaba esperando nuestro carruaje. Mandamos enganchar á fin de poder marchar en cuanto nos levantáramos de la mesa.

— Pero, nos dijo nuestro posadero con un aire bastante embarazado, yo creo que estos caballeros van á Niza.

— Sin duda; ¿porqué?

— Porque entonces era preciso que los pasaportes de estos caballeros fuesen visados por el cónsul de S. M. Carlos Alberto.

— Pero si están visados ya en la embajada de París, dijo Jadin.

— No importa, estos señores no podrán entrar en Cerdeña si no llevan el visa firmado en Antibes.

— Dad vuestro pasaporte, dije á Jadin, es preciso que todo el mundo viva, aun los reyes.

Aumentamos con treinta suses la lista civil del rey Carlos Alberto, despues de lo cual quedamos en libertad de entrar en su territorio.

Aprovechamos aquella libertad para subir en el carruaje. Dos horas despues nos hallábamos sobre las márgenes del Var.

La cabeza del puente está guardada por la aduana. Como salíamos de Francia, nada teníamos que ver con ella.

Pasamos, pues, altivamente.

Detrás de la aduana habia dos centinelas, con los cuales nada teníamos todavía que ver. Detrás de los centinelas habia un comisario de policia.

Con este ya fué otra cosa. Despues de haber cotejado mis señas con mi rostro, y de haber hecho otro tanto con Jadin y con Onésimo, le ocurrió la idea de que una de las dos señoras que viajaban en nuestro coche era sin duda la duquesa de Berry. En consecuencia trabó disputa sobre su edad, pretendiendo que no parecia tener

los veinte y seis años que decia el pasaporte. El caso era el mas lisonjero para la señora, pero era muy fastidioso para nosotros. Me permití hacer algunas observaciones al comisario. El comisario me dijo que sabia lo que tenia que hacer, y que si no me callaba habia de hacer que me cogieran los gendarmes, y me volvieran á Antibes.

Entonces le dije que mi pasaporte estaba perfectamente en regla.

— ¿ Y qué me importa á mí , me dijo el comisario, que vuestro pasaporte esté en regla ó no ? Me burlo de vuestro pasaporte , y se entró en su barraca.

Ví que el comisario era un insolente ó un imbécil, dos especies con quienes es preciso contemporizar cuando no se tiene el poder en las manos.

En consecuencia, me callé, contentándome con desear en voz baja que le diesen un ascenso al comisario, poniéndole cerca de un río donde hubiese agua.

Al cabo de una media hora de aguardar, el comisario salió de su barraca, y nos anunció con un gesto lleno de benevolencia que no se oponia á que continuásemos nuestro camino. En consecuencia pasamos el puente. A la mitad del puente hay un poste ; sobre aquel poste está escrita por un lado la palabra Francia, y por el otro hay pintada una cruz, que quiere decir Cerdeña.

Volvímonos para saludar con un último adios el país natal.

Despues, con aquella emoeion que he experimentado las dos veces que abandoné mi patria, dí un paso.

Un paso habia bastado para el límite que separa los dos reinos. Hollábamos la tierra itálica, estábamos en los Estados de S. M. el rey Carlos Alberto.

EL PRINCIPADO DE MONACO.

Hay entre las cosas que el rey de Cerdeña no puede sufrir, cinco cosas que le son particularmente desagradables :

El tabaco que no fabrica él mismo.

Las ropas nuevas y los vestidos.

Los periódicos liberales.

Los libros filosóficos.

Y los que hacen los libros filosóficos ú obras.

Yo no llevaba tabaco, todos mis vestidos eran usados, los solos periódicos que poseia eran tres números de *el Constitucional*, en que iban envueltas mis botas, mis únicos libros eran una *Guia en Italia* y un *Arte de cocina*, y mi nombre tenia la honra de ser perfectamente desconocido al jefe de la aduana : resultó de aquí que entré mucho mas fácilmente en Cerdeña que habia salido de Francia.

Habia en el fondo de mi caja de escopeta dos ó trescientos cartuchos, por los cuales temblaba con todo mi

cuerpo; pero S. M. el rey Carlos Alberto había hecho, á lo que parece, siendo príncipe de Carignan, un conocimiento demasiado íntimo con la pólvora, para tener miedo. Sus aduaneros ni aun repararon en mis cartuchos.

Además, yo no sé porqué el rey Carlos Alberto tiene tanto miedo á las revoluciones. Es tal vez el príncipe que tiene menos de que quejarse de ellas. Hace un centenar de años que sus abuelos los duques de Saboya eran unos buenos duques sin importancia, que se llamaban los señores de Saboya: despues, cansados de revolucion, á la muerte de la reina Juana, Niza se entregó en cuerpo y alma á Ance VII, apellidado el Rojo: en 1815, hizo Génova lo que había hecho Niza en 1588, con la diferencia de que Niza se había dado y Génova fué tomada: pero hoy que no sucede ni lo uno ni lo otro, esos dos bocados de los antiguos duques, que los nuevos reyes han mordido á derecha é izquierda, redondean bastante bien la soberanía sarda, y hacen una potencia de segundo orden en Europa, que por el hábito y el carácter belicoso de su rey, no deja de tener su importancia sobre el mapa militar de la Europa.

Sin embargo, los príncipes de Saboya no gozaron siempre de esta hermosa querida provenzala que se había entregado á ellos. En 1545, los ejércitos combinados de los Turcos y de los Franceses sitiaron á Niza. Barbaroja y el duque de Enghien intimaron al gobernador Andrés Odinet que se rindiese. Pero Andrés Odinet respondió: — Me llamo Montfort: mis armas son *palas* y mi divisa es *preciso mantenerme*. Aunque se portó como valiente soldado para no desmentir esta respuesta enteramente heráldica, Andrés Odinet se vió obligado á rendirse en el castillo, y Niza capituló.

En 1691, Catinat sitió á Niza, y la tomó segunda vez, gracias á una bomba que hizo saltar el reducto del castillo donde estaba el almacén de pólvora.

En 1706, el duque de Berwick tomó á su vez el castillo, como lo había tomado Catinat, y para evitar á sus sucesores el trabajo que había costado aquella fortaleza á sus predecesores, la demolió enteramente. Así en 1798, Niza fué conquistada sin resistencia, siendo hasta 1814 la cabeza del departamento de los Alpes marítimos.

En 1814, Niza volvió por la cuarta vez al poder de sus eternos amantes los duques de Saboya y reyes de Cerdeña.

Niza está representada bajo el emblema de una matrona armada con casco en la cabeza, con el pecho abierto y la cruz de plata de Saboya impresa sobre el corazón: su mano derecha la apoya en una espada desnuda; su mano izquierda en un escudo de plata con un águila de gules con las alas desplegadas: sus piés se apoyan en un escollo de sinople que bañan las olas del mar: en fin, á sus piés se ve un perro, símbolo de la fidelidad, con estas palabras: *Nicea fidelis*.

Por lisonjero que sea este emblema para la ciudad de Niza, nos parece que estaria mejor representada bajo las facciones de una hermosa cortesana muellemente recostada en las orillas de su azulado espejo, á la sombra de la flor de azahar de sus naranjos, con sus largos cabellos flotantes á la brisa del mar, y cuyas olas viniesen á mojar sus desnudos piés; porque Niza es la ciudad de la dulce pereza y de los fáciles placeres. Niza es mas italiana que Turin y que Milan; es casi tan griega como Sibaris.

Así nada hay mas encantador que Niza, en una tarde de otoño cuando el mar, rizado apenas por el viento

que viene de Barcelona ó de Palma, murmura suavemente, y cuando sus *luciolas*, cual estrellas que corren, parecen llover del cielo. Hay entonces en Niza un paseo que se llama la *Terraza*, que tal vez no tiene igual en el mundo, en donde se apiña una poblacion de mujeres pálidas, débiles, que no tendrían la fuerza de vivir en otra parte, y que vienen todos los inviernos á morir á Niza: allí está la aristocracia de París, de Londres y de Viena enferma.

En cambio, los hombres en general gozan muy buena salud, y parecen haber venido allí guiados por una sublime abnegacion para ceder una parte de sus fuerzas y de su salud á todas aquellas bellas moribundas, que hacen guiños al pasar á los graciosos abates, tan coquetos y galantes, que se comprende absolutamente que tengan absoluciones prontas para ellas por cualquier pecado que hayan cometido.

En Niza comienzan los abates; no esos abates gordos y abultados como en Nápoles y en Florencia, sino unos abates lindos, chiquitillos, como se encuentran á veces en el monte Pincio en Roma, ó en el paseo de la Marina en Mesina: verdaderos abates de gabinete, como los había al levantarse de la cama en la alcoba de madama de Pompadour y al acostarse en la de M^{lle} Lange: deliciosos abates, por último, alimentados con bombones y dulces, con el pelo bien cuidado y perfumado, pantorrilla redonda, sombrero coquetamente echado sobre la oreja, y piececito calzado con zapatos de charol y hebilla de oro.

Pregunto si todo esto da á Niza el aire de una Minerva armada de piés á cabeza, y si su epíteto de *fidelis* debe tomarse al pié de la letra.

Hay dos ciudades en Niza: la ciudad antigua y la ciudad nueva: la *Antica Nizza* y la *Nice new*; la Niza italiana y la Niza inglesa. La Niza italiana, pegada á sus colinas, con sus casas esculpidas ó pintadas, sus virgenes en las esquinas de las calles, y su poblacion con pintoresco traje, que habla, como dice el Dante, la lengua — *del bel paese, là dove il si suona*: — la Niza inglesa, ó el barrio de mármol con sus calles tiradas á cordel, sus casas blanqueadas con cal, las ventanas y las puertas metódicamente abiertas; y su poblacion de sombrillas, velos y botitos verdes, que dice — *Yes*.

Porque para los habitantes de Niza todo viajero es inglés; cada extranjero, sin distincion de cabello, de barba y de trajes, de edad y de sexo, llega de una ciudad fantástica, perdida en medio de las nieblas, en la que alguna vez por tradicion se oye hablar del sol, donde no se conocen las naranjas y los ananas sino en el nombre: donde no hay mas frutas maduras que las manzanas asadas, y que por consecuencia se llama *London*.

Mientras yo estaba en el hotel de Yorck, llegó una silla de postas. Un momento despues entró el posadero en mi cuarto.

— ¿Quiénes han llegado? le pregunté.

— *Sono certi inglesi*, me respondió, *ma non saprei dire si sono francesi o tedeschi*. Lo que quiere decir:

— Son ciertos ingleses, pero no sabré deciros si son franceses ó alemanes.

Inútil es decir que todo el mundo paga, en consecuencia de que á todos los llaman milord.

Permanecemos dos dias en Niza; un dia mas de lo que ordinariamente permanecen los forasteros que no vie-

nen á pasar allí seis meses. Niza es la puerta de la Italia. ¿Y cómo detenerse en el dintel de ella cuando se percibe el horizonte de Florencia, Roma y Nápoles?

Nos ajustamos con un *veturino* (cochero), que se encargó de llevarnos á Génova en tres dias por el camino de la *Cornisa*. Yo conocia el Mont-Cenis, el San Bernardo, el Simplon, el Coll de Tenda, los Bernardinos, y el San Gotardo; era, pues, el único camino, creo, que me faltaba que recorrer.

La primera ciudad que se encuentra en el camino es Villafranca, cuyo puerto, obra de los Genoveses y abierto por el consejo de Federico Barbaroja, no está separado del de Niza sino por la roca de Montalban. A una media legua mas allá de Villafranca se entra en el principado de Monaco, que se anuncia formidablemente al viajero por una línea de aduanas. El príncipe de Monaco, Honorio V, actualmente reinante, es el mismo que volviendo en 1815 á sus Estados, encontró á Napoleon en el golfo Juan. La aduana del príncipe cobra dos y medio por ciento sobre las mercancías, y seis cuartos por los pasaportes. Como Monaco se halla en el camino mas frecuentado de la Italia, esta doble contribucion forma la parte mas saneada de sus rentas.

Además, el príncipe de Monaco ha nacido para la especulacion, aunque no todas las especulaciones le salgan bien, testigo la moneda que hizo acuñar en 1857, y que se gasta buenamente en su principado, en atencion á que los reyes sus vecinos han impedido su admision. Los demás industriales se hacen ordinariamente pagar lo que hacen; el príncipe de Monaco se hace pagar lo que no hace. Ved aquí cómo.

Entre las cosas que el rey Carlos Alberto tiene en an-

tipatía, hemos puesto en primer lugar el tabaco de fumar y el tabaco en polvo: de otra manera y en términos de estanco, el *Scaferlati* y la *Maconna*.

Pues si yo que vivo á trescientas leguas del rey de Cerdeña conocia su antipatia, no es admirable que el príncipe Honorio V, cuyos Estados están enclavados dentro de los suyos, la supiese. Reflexionó el príncipe un instante, y cuando se impuso de este odio, resolvió sacar partido de él. En consecuencia hizo sembrar mucho tabaco, y anunció para el año siguiente cigarros á cuarto, que vista la feliz disposicion del terreno, serian tan buenos como los de la Habana.

Aquel anuncio puso en movimiento y en alarma todas las contribuciones indirectas sardas. El rey Carlos Alberto vió sus Estados inundados de cigarros; tenia bastante con una aduana ó dos, como su vecino Honorio V, pero estas aduanas están sobre los caminos, y no en todas las partes del principado, de manera que, aun cuando tuviese en toda su circunferencia una línea tan espesa y vigilante como un cordon sanitario, quinientos cigarros bien pronto pasaban; una piel cosida á un perro pasa de tres á cuatro mil, y el principado de Monaco es tal vez el solo donde queda esa especie de perros contrabandistas. No habia mas que un remedio que tomar, y era rebajar el precio de sus cigarros al precio de los cigarros de Honorio V, ó tratar con él de potencia á potencia. El rey Carlos Alberto prefirió tratar. Bajar el precio de sus cigarros, vista la repugnancia que los pueblos tienen en general por la administracion de los derechos reunidos, hubiera parecido una concesion politica.

Estableció, pues, un congreso entre los dos soberanos

para arreglar aquella importante cuestion de comercio ; pero como las pretensiones del príncipe de Monaco parecian exageradas al rey de Cerdeña, á la manera del congreso de Rastadt, el congreso de Monaco se dilató por mucho tiempo, tanto que llegó la época de la cosecha.

El príncipe de Monaco dió una libra de tabaco de gratificacion á cada uno de sus cincuenta carabineros, y los envió á fumar sobre las fronteras del rey Carlos Alberto.

Los soldados sardos olieron el humo de las pipas de sus vecinos los Monagueses ; era, como lo habia dicho el príncipe en su prospecto, un verdadero humo habano sin mezcla de esas yerbas desconocidas que los soberanos tienen la costumbre de vender por tabaco. Los Sardos era gente que lo entendia, y acudieron á las fronteras de Honorio V, preguntando á los carabineros del príncipe dónde compraban su tabaco. Respondieron los carabineros que era de planta que su muy amado soberano habia hecho venir de Cuba ó de Latachia, y que sobre su sueldo, que era igual al de los soldados sardos, tenían de plus una libra de tabaco por semana.

El mismo dia desertaron veinte soldados del rey Carlos Alberto, que vinieron á pedir servicio á Honorio V, ofreciendo, si lo aceptaba, hacer desertar con las mismas condiciones todo el regimiento. Urgente iba haciéndose el peligro ; el regimiento podia seguir á los veinte hombres, y el ejército seguir al regimiento, y como la monarquía del rey Carlos Alberto es una monarquía puramente militar, que no ha tenido todavía tiempo de echar hondas raíces en el pueblo, vió de una sola ojeada que si desertaba así en masa el ejército, seria Honorio V y no él el

rey de Cerdeña, teniéndose él por muy contento si le dejaban ser príncipe de Monaco. En consecuencia, pasó por todas las condiciones que exigió su vecino, y se terminó el tratado mediante una renta anual de treinta mil francos que el rey Carlos Alberto paga á Honorio V, y una guarnicion de trescientos hombres que le presta gratis para sofocar las revolucioncillas que de tiempo en tiempo tienen lugar en sus pequeños Estados. En cuanto á la cosecha fué comprada en rama mediante otra cantidad de treinta mil francos, y mezclada con hojas de nogal, que es lo que se fuma generalmente desde Niza á Génova, y desde Chamberi á Turin : tanto, que resultó que los Piamonteses que no se hallaban acostumbrados á aquella suavidad, tuvieron una gran recrudescencia de popularidad por el rey Carlos Alberto.

El principado de Monaco ha experimentado grandes vicisitudes : ha estado sucesivamente bajo la proteccion de la España y de la Francia ; después ha sido principado federativo ; después ha estado incorporado al imperio francés, y vuelto últimamente, como lo hemos visto, á su legitimo propietario en 1814, bajo el protectorado de la Francia ; por último, en 1815 pasó al protectorado de la Cerdeña. Vamos á seguirle en estas diferentes revoluciones, de que algunas no carecen de cierta originalidad.

Monaco fué hácia el siglo x erigido en señorío hereditario para la familia Grimaldi, poderosa casa genovesa que tenia considerables posesiones en el Milanesado y en el reino de Nápoles. Hácia el 1550, en el momento de las grandes potencias europeas, el señor de Monaco, temiéndose ser devorado de un bocado por los duques de Saboya ó por los reyes de Francia, se puso bajo la pro-

teccion de la España. Pero en 1641, siéndole esta proteccion mas onerosa que útil, resolvió Honorio II cambiar de protector, é introdujo guarnicion francesa en Monaco. La España, que tenia en Monaco un puesto y una fortaleza casi intomable, se irritó, como acostumbraba á hacerlo de tiempo en tiempo en la época de Carlos V y Felipe II, y confiscó á su antiguo protegido sus posesiones milanesas y napolitanas. Resultó de esta confiscacion que el pobre señor se encontró reducido á su pequeño Estado. Entonces Luis XIV, para indemnizarle, le dió en cambio el ducado de Valentino, en el Delfinado; el condado de Carlades, en el Lionés; el marquesado de Beux y el señorío de Buix, en Provenza; despues casó el hijo de Honorio II con la hija de Mr. Le Grand. Este matrimonio se verificó en 1688, y valió á Monaco y á sus hijos el título de principes extranjeros. Desde esta época, los Grimaldi cambiaron su título de señor por el de príncipe.

No fué feliz el matrimonio. La recién desposada, que era aquella bella y galante duquesa de Valentino, tan conocida en la crónica amorosa del siglo de Luis XIV, se halló una mañana de un salto fuera de los Estados de su esposo, y se refugió á París, contando las cosas mas particulares sobre el pobre príncipe; y no fué todo esto; la duquesa de Valentino no limitó su oposicion conyugal á las palabras, y el príncipe supo pronto que era tan desgraciado cuanto puede serlo un marido.

En aquella época no se hacia mas que reírse de semejante desgracia; pero el príncipe de Monaco era un hombre muy singular, como lo habia dicho la duquesa, de modo que se incomodó: hizo por enterarse sucesivamente del nombre de los diferentes amantes que to-

maba su mujer, y los hizo ahorcar en efígie de los árboles del patio de su palacio: bien pronto se vió lleno el patio, y fué menester valerse de los árboles del camino real; pero el príncipe no se cansó y continuó ahorcando. Llegó el rumor de aquellas ejecuciones y se difundió hasta Versalles: Luis XIV se incomodó tambien, é hizo decir al señor de Monaco que fuese mas clemente. El señor de Monaco respondió que él era príncipe soberano, y que por consecuencia tenia el derecho de hacer administrar justicia en sus Estados, y que debian agradecerle el que se contentase con hacer ahorcar á hombres de paja.

Causó tan grande escándalo la cosa, que se juzgó á propósito volver la duquesa á su marido. Este, para hacer el castigo completo, queria hacer pasar á la duquesa ante las efígies de sus amantes; pero la princesa viuda de Monaco insistió tanto y tan bien, que su hijo depuso aquella venganza, é hizo grandes luminarias con todos aquellos maniquies.

Esta fué, dice madama de Sevigné, la antorcha del segundo himeneo.

Pronto se vió que una gran desgracia amenazaba á los principes de Monaco. El príncipe Antonio no tenia mas que una hija, y de día en día perdía la esperanza de darle un hermano. En consecuencia, el príncipe Antonio casó el 20 de octubre de 1715 á la princesa Luisa Hipólita con Santiago Francisco Leonor de Guyon-Matignon, al que cedió el ducado de Valentino; entretanto le dejaba el principado de Monaco por su muerte, lo que hizo con gran pesar suyo el 20 de febrero de 1731. Santiago Francisco Leonor de Guyon-Matignon, Valentino por matrimonio, y Grimaldi por

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, MEXICO

sucesion, es, pues, el tronco de la casa reinante actual, que va á extinguirse tambien en la persona de Honorio V y de su hermano, los dos sin posteridad masculina y sin esperanza de tenerla.

Honorio IV reinaba tranquilamente cuando se verificó la revolucion de 89. Los Monagueses siguieron todas sus faces con una atencion particular, pues que cuando se proclamó la república en Francia se aprovecharon de un momento en que el príncipe estaba no sé en dónde, se armaron con cuanto pudieron encontrar á la mano, y marcharon sobre el palacio, que tomaron por asalto, comenzando el saqueo por las bodegas, que podian contener de doce á quince mil botellas de vino. Dos horas despues, los ocho mil vasallos del príncipe de Monaco estaban borrachos.

En este primer ensayo de libertad hallaron que la libertad era una cosa muy buena, y resolvieron á su vez constituirse en república. Únicamente como Monaco no era un Estado bastante grande para dar asiento á una república una é indivisible, como lo era la república francesa, se resolvió entre las fuertes cabezas del país, que se habian constituido en asamblea nacional, que la república de Monaco seria, á imitacion de la república americana, una república federativa. Las bases de la nueva constitucion fueron, pues, discutidas y determinadas entre Monaco y Mantone, que hicieron alianza á vida y á muerte. Quedaba una tercera poblacion llamada *Roquebrune*: decidióse que perteneceria por mitad á una y otra de las dos ciudades: Roquebrune murmuró; hubiera querido ser independiente y entrar en la federacion, pero Monaco y Mantone se rieron de su exagerada pretension. No siendo mas fuerte Roque-

brune, la fué preciso someterse: únicamente desde entonces Roquebrune fué señalada á las dos convenciones nacionales como un foco de revolucion. A pesar de esta oposicion, fué proclamada la república bajo el nombre de república de Monaco. Pero no bastaba que los Monagueses se constituyesen en república; era preciso hacer, en los Estados que habian adoptado la misma forma de gobierno, aliados que les pudiesen sostener. Pensaron naturalmente en los Americanos y en los Franceses: en cuanto á la república de San Marino, la república federativa de Monaco la despreció tanto, que ni habló de ella.

Sin embargo, entre estos dos gobiernos, uno solo estaba á su alcance, por su posicion topográfica, de ser útil á la república de Monaco, y era la república francesa: la república de Monaco resolvió no dirigirse sino á ella: envió tres diputados á la Convencion nacional para pedirle su alianza y ofrecer la suya. La Convencion nacional se hallaba en un instante de buen humor: recibió perfectamente á los enviados de la república de Monaco, y los invitó á volver á la mañana siguiente para hacer el tratado.

El tratado fué redactado el mismo dia. Es verdad que no era largo, pues se componia de dos artículos.

« Art. 1º. Habrá paz y alianza entre la república francesa y la república de Monaco.

» Art. 2º. La república francesa celebra haber hecho conocimiento con la república de Monaco. »

Este tratado, como habia sido dicho, se entregó á los embajadores, que se volvieron muy contentos. Esto no impidió que despues la república francesa comprendiera la república de Monaco en su piel de leon.

No se ha olvidado sin duda como, gracias á Mad. D...,

el tratado de París devolvió en 1814 al príncipe Honorio V sus Estados, que felizmente ha conservado desde entonces.

Además, el príncipe Honorio V, fuera de chanza, es muy querido de sus súbditos, que ven con grande inquietud la hora en que cambiarán de amo. En efecto, á pesar del desprecio que de él hace San Simon, el que dice en sus Memorias que es soberano de una roca desde en medio de la cual puede escupir fuera de sus estrechos limites, habita un delicioso pais, en el cual no hay quintas ni casi contribuciones, siendo la lista civil del príncipe pagada con el dos y medio por ciento, que percibe sobre las mercancías y por los diez y seis cuartos que se hace pagar sobre los pasaportes. El ejército se compone de cincuenta carabineros, que se reclutan por enganches voluntarios.

Desgraciadamente no pudimos gozar cual hubiéramos querido de aquel encantador reino que se llama el principado de Monaco, porque una atroz lluvia nos sorprendió en las fronteras, siendo acompañados con encarnizamiento por ella durante los tres cuartos de hora que tardamos en atravesar todo el país. Resultó que no vimos la capital ni su fortaleza, á la cual divisamos como á través de un espeso velo. Así fué que en el puerto solo distinguimos una falúa, la cual, con otra que en aquel momento se hallaba fuera, componen toda la marina del príncipe.

Al atravesar Mantone, una muestra nos dió el grado de civilizacion en que se hallaba la ex-república federativa en el año de gracia de 1833. Sobre una puerta se leía con letras gordas: *Mariana Casanova vende pan y hace vestidos.*

A un cuarto de legua de la ciudad volvimos á caer en una segunda línea de aduanas y en un segundo visa de pasaportes. El pasaporte no era nada, pero el registro fué cruel, y pudimos convencernos de que en los Estados del príncipe de Monaco la exportacion es tan severamente perseguida como la importacion. Quisimos emplear el medio usado en semejantes casos; pero tuvimos que habérmolas con aduaneros incorruptibles, y no nos perdonaron ni un cepillo de dientes; de modo que nos fué preciso recibir una especie de contraprueba del diluvio, en atencion á que bajo el pretexto del clima, no habia ni un cobertizo. Me aproveché de aquel contra tiempo para profundizar un punto del que pienso ocuparme y sacar partido en la primera ocasion. Tratábase de si en Monaco todos saben calzarse y descalzarse. Hice en consecuencia por la tercera vez desde que habia abandonado la frontera todas las preguntas posibles sobre esta contradanza tan popular en toda Europa. Pero allí, como en otras partes, no tuve mas que respuestas evasivas que aumentaron mi curiosidad, porque aumentaron mi primera opinion, á saber, que algun gran secreto ó el honor del príncipe ó del principado se hallaba comprometido, y que era referente á este respectable baile. Me fué preciso, pues, salir de los Estados del príncipe tan ignorante sobre este punto como habia entrado, y perdiendo para siempre la esperanza de descubrir aquel misterio que no habia podido aclarar en el mismo sitio de su nacimiento.

En cuanto á Jadin, se hallaba absorto en una idea no menos importante que la mia: trataba de comprender cómo habia caído una lluvia tan grande en un principado tan pequeño.